

clínica clandestina. Otras veces la cámara evita escenas claves, pero provee al observador suficientes pistas como para que pueda llenar los vacíos epistémicos y construir en forma parcial los desenlaces sobre ciertas líneas cuidadosamente calculadas: la misteriosa persecución y asesinato de un hombre en su cuarto de hotel, posiblemente llevada a cabo por militares, o la sugestiva desaparición de una fotografía que retrataba escenas de pobreza y cuyo cadáver probablemente acaba en una fosa común.

La construcción de la realidad social que elabora Paredes en sus cuentos no corresponde, sin duda, totalmente a la sociedad desde donde se genera su obra. No obstante, el hallar puntos de convergencia entre ambos obliga al lector a re-evaluar mediante el texto estos fenómenos, por lo que *Salón Júpiter*, además de una lectura amena, es un libro que lleva a la reflexión. La problemática que de él se deriva provee un interesante eje de análisis que ayuda a comprender a Latinoamérica en general y lo que es ser parte de —parafraseando a un personaje— este “¿tercer, cuarto, quinto? mundo”.



J. Eduardo Jaramillo Zuluaga,
*El deseo y el decoro. Puntos
de herejía en la novela colombiana*

Santafé de Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1994.

Bernardo E. Navia-Lucero
University of Illinois at Chicago

En esta colección de cinco ensayos, que su autor, J. Eduardo Jaramillo Zuluaga, subtitó *Puntos de herejía en la novela colombiana*, se exhibe el vasto recorrido que ha realizado la narrativa colombiana para representar el cuerpo erótico. Este libro es la anatomía de la historia del cuerpo en la literatura colombiana, que muchos escritores han intentado plasmar de muy diversas maneras y utilizando muy variadas metáforas.

Así, Jaramillo analiza el intrincado sistema del decoro, en donde recurrir a la naturaleza era el recurso más útil para la descripción erótica y sensual. Se detie-

ne en diversos casos. Uno de ellos es *María*, de Jorge Isaacs (1832-1895), en donde la naturaleza se apropia del cuerpo de la muchacha, hurtándola para siempre a los ojos del lector y las generaciones siguientes. Sin embargo, en medio de esta retórica de símbolos, en medio de este lenguaje metafórico, aparecen tres novelas que vienen a romper los códigos del decoro y se convierten en herejes del lenguaje, iniciando una reforma que cambiaría para siempre los modos de acercarse al tópico erótico: *De sobremesa*, de José Asunción Silva; *4 años a bordo de mí mismo*, de Jorge Zalamea y *Babel*, de Jaime Casamitjana.

Claro que, tal y como lo expone Jaramillo, estos ‘atentados’ contra la normativa de la metáfora y el decoro no fueron posibles sino hasta que el largo período de la Violencia se comenzó a documentar en las páginas de la novela y el cuerpo apareció de un modo más explícito, de modo que “se debilitan entonces las restricciones del decoro que todo lo enmudecía y se impone al escritor la necesidad de buscar las palabras que describen lo que le sucede al cuerpo” (p.17). Es entonces cuando se libera al lenguaje del discurso económico de *lo apropiado*.

Para Eduardo Jaramillo, *De sobremesa* (1887-1896) es la primera novela colombiana que despliega en forma consciente los recursos fundamentales de la puesta en escena de lo erótico: el pretexto, la digresión, el derroche verbal y la mejor articulación de la descripción en el desarrollo de la acción, que gira en torno al protagonista: el rastacuero José Fernández.

El segundo punto herético en el que se detienen estos ensayos es la novela *4 años a bordo de mí mismo* (1934), cuyas páginas manifestarían el deseo y la ansiedad de nombrar con precisión diversas experiencias sensoriales. De ahí su rebosante sensualidad.

Con Santiago, el introvertido diarista protagonista de una novela que ha caído en el olvido, *Babel* (1944), se adoptaría, según Jaramillo, una actitud que no había sido razonada hasta entonces en la literatura colombiana y que consistiría en concebir el mismo discurso narrativo como una sintaxis del deseo erótico.

Finalmente, más que apuntar a un objetivo determinado (fijar e interpretar diversos símbolos), me parece que estos ensayos cumplen felizmente con lo que se han propuesto: una exhibición ordenada de las primeras evoluciones en el trato del cuerpo en la novela colombiana y una sucinta descripción de la expresión erótica en la narrativa más reciente.